

**LA PARADOJA DEL VELASQUISMO:
La oposición del movimiento sindical a la dictadura militar¹**

Fernando Rospigliosi

RESUMEN

El gobierno del General Velasco es uno de los que más beneficios otorgó a los trabajadores, a pesar de lo que no pudo cooptarlos, como hicieron otros regimenes populistas latinoamericanos. La hipótesis que se desarrolla en este artículo es que esto se debió a: 1) el carácter institucional del gobierno militar; 2) la existencia de una élite de clase media radicalizada que disputó la conducción del movimiento a la dictadura; 3) la brevedad del periodo expansivo de la economía. Durante la "segunda fase, el movimiento sindical jugó un papel decisivo en el retiro de los militares, condicionando a la vez la incorporación de los partidos de izquierda a la democracia.

ABSTRACT

General Velasco's government was one of the most generous to Peruvian workers, but still, unlike other populist governments in the region, it was unable to coopt them. This study contends there were three reasons for Velasco's failure: 1) The institutional character of the military government; 2) the role of a middle-class radical elite which disputed the conduction of the workers' movement to the military; and 3) the short-lived expansive period of the economy. During the "second phase" of the military government, the unions played a key role for the retreat of the military, favoring at the same time the incorporation of leftist parties to the political system.

El gobierno militar del General Velasco es probablemente el que más beneficios otorgó al movimiento sindical en toda la historia del Perú, favoreciendo el incremento del número de asalariados al impulsar el crecimiento económico y el desarrollo industrial; aumentando de manera significativa el salario real de los trabajadores; propiciando su organización al reconocer un elevado número de sindicatos, federaciones y centrales y dictando dispositivos como la ley de estabilidad laboral; creando las comunidades laborales que entregaban parte de las utilidades y de la propiedad de las empresas a los trabajadores. Ese gobierno contó con el respaldo de tres de las centrales sindicales (CGTP, CTRP y CNT) y la neutralidad de la cuarta (CTP).

A pesar de todo, la dictadura militar tuvo la creciente hostilidad de un significativo sector de los trabajadores y nunca poseyó una sólida base de apoyo en el movimiento sindical. Cuando Velasco fue derrocado en 1975, nadie se movilizó en su

respaldo.³ Es más, dos años después, en 1977, los sindicatos se manifestaron masivamente contra el gobierno, luchando no sólo por reivindicaciones inmediatas sino por su reemplazo, jugando un papel relevante en el retiro de los militares y la transición a la democracia.

¿Por qué ocurrió esta situación paradójica? ¿Cuáles fueron los motivos que impidieron al populismo militar peruano organizar corporativamente a los trabajadores y proveerse de una base de apoyo en los sindicatos?

Y, de otro lado ¿qué papel jugó el movimiento sindical en el retiro de los militares del gobierno y la transición a la democracia?

I. El movimiento sindical bajo el velasquismo

El movimiento laboral peruano sufrió importantes transformaciones durante

las décadas de 1960 y 1970. Durante ese período creció en organización, aumentó sustancialmente el número de afiliados a los sindicatos, se crearon federaciones y centrales que le proporcionaron una mayor estructuración, dándole una dimensión nacional, y se constituyó una nueva élite dirigente. Y, lo más importante, el movimiento sindical, identificado desde la década de 1930 con el Partido Aprista, cambió de identidad política (Galín 1985) asumiendo posiciones "clasistas"³ e izquierdistas. Ese período coincidió parcialmente con el del gobierno militar más duradero de la historia peruana, el denominado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1968-1980).

1. Por qué fracasó el intento de cooptación de los sindicatos

El proceso de modernización ocurrido en el país aproximadamente desde la década de 1950, implicó, entre otras cosas, un considerable aumento de la migración hacia las ciudades, la formación de nuevas clases populares⁴ y la descomposición del sistema oligárquico.

El régimen del General Velasco⁵ fue una dictadura militar populista y nacionalista que jugó un papel decisivo en la quiebra del régimen oligárquico y trató de desarrollar un proyecto modernizador e integrador⁶, aplicando un conjunto de reformas largamente postergadas en el Perú. Pero por lo menos un importante sector de los presuntos (o reales) beneficiarios de estas reformas, el movimiento sindical, no fue ganado por la prédica del velasquismo. Una parte de él apoyó el proceso, aunque conservando su autonomía, y otra mantuvo una actitud distanciada y de creciente oposición. Esto se explicaría básicamente por tres motivos.

En primer lugar, las reformas fueron aplicadas por un *gobierno institucional de las fuerzas armadas*, lo cual impidió una mayor flexibilidad en el manejo de las relaciones entre el gobierno y su líder (Velasco) con los trabajadores, a diferencia de lo que ocurrió en otros contextos latinoamericanos en que las reformas fueron realizadas por caudillos populistas y/o partidos políticos. En el caso peruano, la rigidez y el au-

toritarismo de las fuerzas armadas como institución, así como las discrepancias y transacciones dentro del gobierno —producto de su naturaleza institucional—, estorbaban un tratamiento más "político" en su vinculación con los sindicatos.

En segundo lugar, la aplicación de las reformas antioligárquicas se dio junto con un intenso proceso de movilización de masas —proceso desatado por la modernización pero acicateado por el gobierno de Velasco— y con la aparición de una élite⁷ de clase media radicalizada tanto por el bloqueo oligárquico como por la influencia ideológica de la revolución cubana, la nueva radicalidad china y los cambios en la iglesia católica (Concilio Vaticano II, teología de la liberación). El autoritarismo militar y el cierre de los canales de participación política, propiciaron que esa élite radicalizada mantuviera una beligerante oposición al gobierno, disputándole la organización y conducción del movimiento popular.

En tercer lugar, la corta duración de la fase expansiva de la economía, que empezó aproximadamente en 1969 y concluyó en 1975-76,⁸ impidió el mantenimiento de una política de concesiones a los trabajadores y condicionó la utilización de la fuerza para contener las crecientes demandas de los sindicatos, cuyas expectativas habían aumentado enormemente al influjo de las mejoras reales obtenidas en el período precedente y por el mensaje populista, antioligárquico y revolucionario difundido por el gobierno. Las medidas de ajuste adoptadas en las postrimerías del gobierno de Velasco y durante el de Morales Bermúdez dificultaron también la aplicación exitosa de una política corporativa. Una estrategia de cooptación de los trabajadores necesita, como prerequisite, períodos expansivos de largo aliento (Wasiman 1980).

Estos factores habrían influido decisivamente en la definición del movimiento sindical, que no fue ganado por el populismo nacionalista en el poder, a pesar de sus intentos para encuadrarlo en una estructura corporativa, sino por esas élites radicalizadas, dando por resultado que el movimiento asumiera una posición clasista y una identidad política izquierdista.

2. El velasquismo y la organización sindical

La política del gobierno militar respecto al movimiento laboral propició la sindicalización de los trabajadores, su organización y centralización y el incremento de sus acciones reivindicativas, aunque no necesariamente como efectos deseados y, muchas veces, en oposición a las explícitas intenciones de los militares.

i) Desde 1969 el gobierno aplicó una política tendiente a favorecer el desarrollo industrial en búsqueda de la "independencia económica" de los países centrales. Incrementó la inversión pública, estableció barreras aduaneras para proteger la industria nacional, al tiempo que ampliaba la demanda interna por diversos mecanismos —entre ellos el aumento de salarios—, y mantenía la inflación bajo control.¹ De esa manera se produjo un crecimiento sostenido durante varios años de la producción, el empleo, las utilidades y los salarios¹⁰, aunque los objetivos fundamentales fijados por el gobierno no se lograron.

Esta política creó el marco adecuado para un incremento de la sindicalización y el fortalecimiento de los gremios, sobre todo los de los obreros industriales, que tenían un margen más amplio para obtener reivindicaciones. La combinación de la política económica y laboral del velasquismo, junto con la implantación de corrientes clasistas como las dominantes en el movimiento sindical, posibilitaron que los salarios se elevaran considerablemente hasta mediados de los años setenta (ver cuadros No. 1 y 2).

ii) Propició la sindicalización por dos vías. La primera, el masivo reconocimiento de los sindicatos. Entre 1969 y 1975 obtuvieron el reconocimiento oficial más sindicatos de la industria manufacturera que a lo largo de toda la historia anterior, y el total de sindicatos reconocidos durante la "primera fase" casi duplicó a todos los reconocidos en años precedentes (Sulmont 1977, Yopez y Bernedo s/f) (ver Cuadro No. 3). El porcentaje de trabajadores amparados por convenios colectivos en relación a la PEA asalariada pasó de 7.8 o/o en 1970 a 19.2 o/o en 1973 (Sulmont 1980:206).

Cuadro No. 1

INDICE DEL SALARIO MINIMO (1979 = 100)

Años	Indice
1970	111.3
1971	121.7
1972	131.7
1973	144.6
1974	142.6
1975	128.3
1976	131.1
1977	110.9
1978	99.9
1979	100.0
1980	105.8
1981	103.6
1982	105.0
1983	86.8
1984	74.1
1985	60.8

Fuente: INE 1986; Alarco y del Híéxo 1986.

Cuadro No. 2

INDICE DE LOS SALARIOS REALES PROMEDIO (1979 = 100)

Años	Indice
1970	95
1971	109
1972	112
1973	128
1974	123
1975	111
1976	122
1977	98
1978	95
1979	100
1980	111
1981	103
1982	107
1983	90
1984	78
1985	65

Fuente: Alarco y del Hierro 1986.

Cuadro No. 3

ORGANIZACIONES LABORALES
RECONOCIDAS
(1968-1983)

Años	Organizaciones reconocidas
1968	154
1969	118
1970	199
1971	386
1972	411
1973	374
1974	344
1975	234
1976	126
1977	26
1978	51
1979	38
1980	61
1981	60
1982	42
1983	22

Fuente: - 1968 a 1979: Análisis Laboral No. 38, agosto 1980.
- 1980 a 1983: Yopez y Bernedo.

La segunda fue una vía indirecta, pero no menos importante. En este terreno, la promulgación de una ley de estabilidad laboral en 1970 fue sustancial. Hasta ese momento, los trabajadores podían ser despedidos a voluntad del empleador. Dado el desafecto de los tradicionales empresarios peruanos a los sindicatos, el ser dirigente de una organización sindical —orientándose a posiciones clasistas—, o a veces la simple afiliación a ella, era motivo suficiente para el despido. Esto era facilitado por los históricamente altos niveles de desempleo y la desprotección del trabajador por el Estado. La ley de estabilidad laboral, que impedía que un trabajador que tuviera tres meses o más laborando en una empresa fuera despedido, salvo por "falta grave", debidamente precisada en la ley y comprobada por las autoridades del Ministerio de Trabajo, cambió radicalmente esta situación.¹¹

Otro mecanismo indirecto que favoreció la organización sindical fue la creación de las comunidades industriales (y lue-

go comunidades pesqueras, mineras, etc.). Estas instituciones, que tenían como explícito objetivo hacer desaparecer la lucha de clases al otorgar a los trabajadores participación en el directorio, en las utilidades y en la propiedad hasta del 50 o/o de las empresas en las que laboraban, tuvieron en la práctica un efecto contrario al deseado y, en muchos casos, resultaron fortaleciendo las organizaciones sindicales y las reivindicaciones clasistas.¹²

iii) Políticamente, el gobierno del General Velasco desarrolló un juego complejo que puede ser esquematizado de la siguiente manera: a) Apoyó a la recién creada Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), controlada por el Partido Comunista Peruano de orientación prosoviética, con la finalidad de debilitar a la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), dominada por el Apra. Este último partido, considerado por el gobierno como su principal opositor, era el más estructurado y el único que contaba con una base popular organizada, b) También apoyó a la CGTP contra la creciente presencia de los partidos de izquierda radical en el movimiento sindical, c) Pero a la vez, los militares no querían que el PCP creciera demasiado a tal punto que pudiera jaquearlos o imponerles condiciones. Optaron entonces por favorecer la división del movimiento. Reconocieron legalmente, además de la CGTP, a la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), de tendencia demócrata cristiana (que también apoyaba a los militares) y cuya solvencia organizativa era más que dudosa, d) Desconfiando también de sus aliados, los militares trataron de obtener una base de apoyo propia en el movimiento sindical. Crearon entonces el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS) y luego su propia central, la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP). También la Confederación Nacional Agraria (CNA) y el Movimiento Laboral Revolucionario (MLR), organización de choque que servía de apoyo a la cúpula de la CTRP. Esta diversidad de opciones respondía a las varias tendencias actuantes dentro del gobierno militar, e) Al mismo tiempo que desconfiaba de sus aliados, tenía una cierta credulidad en que

los trabajadores, convencidos de las bondades de las reformas y de las mejoras efectivas que recibirían, se volcarían en respaldo de la "revolución". El General Velasco y otros militares influyentes, asesorados por civiles que teorizaban acerca del carácter autoritario y manipulador de los partidos políticos, perseguían ganar adhesiones en la sociedad, dejando de lado a esos partidos y apoyándose en otras instancias presuntamente más democráticas, entre las que estaban los sindicatos. Esto explicaría en parte la rapidez con que el gobierno reconoció legalmente organizaciones sindicales.¹³

3. El crecimiento del radicalismo

Desde fines de la década de 1960, los partidos de izquierda impulsan un importante proceso de organización de las clases populares. Así, en el terreno sindical, el Partido Comunista organizó la central CGTP; y los maoístas Partidos Comunista del Perú (Patria Roja) y Vanguardia Revolucionaria, el sindicato magisterial (SUTEP) y la Central Campesina (CCP), respectivamente.¹⁴

El fracaso de varios intentos de romper el monopolio que ejercía el partido aprista sobre la única central sindical existente, la CTP, impulsó al Partido Comunista a crear una nueva organización gremial.¹⁵ En junio de 1968 fue fundada la CGTP.

La CTP estaba debilitada por su política de continuas transacciones con la patronal y el Estado, pero mantenía el monopolio del reconocimiento oficial y el velado apoyo de las autoridades y los empresarios. En ese sentido, la CGTP competía con ella en desventaja. Pero el golpe militar de 1968 modificó el panorama radicalmente. El PCP, luego de una inicial condena, se plegó rápidamente a los militares, que empezaron a realizar un conjunto de reformas largamente demandadas por ese partido. Los vínculos que estableció el gobierno con la URSS, Cuba y otros países socialistas¹⁶, reforzaron su adhesión. Las buenas relaciones del PCP y la CGTP con el gobierno posibilitaron su reconocimiento oficial. La intensa labor organizativa desarrollada por los activistas de esa central y su gestión en defensa de los salarios, condiciones de

trabajo y organización de los trabajadores —contrastando con el "amarillaje" y corrupción de la CTP—, aunada al beneplácito de las instancias oficiales, permitieron a la CGTP engrosar sus filas rápidamente.

Pero la dirección de esa central pronto se vio desbordada por las crecientes demandas de los trabajadores, cuyas expectativas aumentaban vertiginosamente debido a que: i) percibían el crecimiento económico y, por tanto, las posibilidades reales de obtener aumentos; ii) sus niveles organizativos habían mejorado sustancialmente por las razones expuestas más arriba y por la misma existencia de la CGTP; iii) por la ideología pregonada por el gobierno. La frase "campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza", pronunciada por el General Velasco cuando promulgó la ley de Reforma Agraria, se hizo extensiva a todos los sectores de trabajadores y fue repetida incesantemente desde las esferas del poder. Resume adecuadamente la esencia del discurso oficial sobre la explotación, la injusticia social, la miseria del pueblo y las violentas críticas a la "envilecida clase dirigente" que había hundido al Perú en la pobreza (ver, por ejemplo, Velasco 1972). Este discurso radical, legitimado por provenir del gobierno militar tuvo, naturalmente, un efecto sobre los trabajadores.¹⁷

La cúpula de la CGTP se vio entonces en el dilema de apoyar las reivindicaciones de los trabajadores y enfrentarse al gobierno, que era también atacado por los sectores oligárquicos, mirado con desconfianza por los empresarios industriales y asediado por el gobierno norteamericano; o respaldar al régimen tratando de morigerar las reivindicaciones de los asalariados. La dirección de la CGTP trató de conciliar ambos elementos, pero cuando las circunstancias lo exigieron, no dudó en respaldar a los militares, aun a costa de distanciarse de sus bases.

Esto fue aprovechado por los grupos de izquierda radical, que rechazaban al gobierno militar. Ellos también se "volcaron a las masas" y desarrollaron un importante trabajo de organización, impulsando las luchas laborales hasta "las últimas consecuencias". Cuando el gobierno no podía o no quería satisfacer las crecientes de-

mandas de los trabajadores, los reprimía con dureza. El respaldo, en estas circunstancias, de la dirigencia de la CGTP al régimen militar, posibilitó que los izquierdistas radicales ganaran posiciones en el movimiento sindical, liderando organizaciones nacionales como las de mineros, maestros y campesinos y con una fuerza importante en sindicatos obreros industriales, así como en los nacientes "Frentes de Defensa" que enarbolaban reivindicaciones regionales en las provincias. Algunos ejemplos ilustran lo anterior.

En setiembre de 1971 los maestros, agrupados en varios sindicatos, iniciaron una huelga nacional en demanda de mejores salarios. A los quince días el gobierno inició una extensa represión, deteniendo y deportando a los principales dirigentes, allanando los locales, etc. Para esto contó con la colaboración de los dirigentes magisteriales del PCP, que rompieron la huelga y denunciaron a los que querían continuarla como "agentes de la CIA". Diez meses después, en julio de 1972, impulsado por el maoísta Patria Roja, se fundó el Sindicato Unico de Trabajadores en la Educación del Perú (SUTEP), que desempeñaría un papel muy importante en las luchas laborales de toda la década. La importancia del sindicato magisterial reside tanto en su número —unos 100,000 en aquella época— como en su implantación nacional. Los maestros están diseminados en todos los rincones del país, hasta en las más apartadas comunidades y su influencia en la población es muy grande, como quedó demostrado en las muestras de solidaridad que recibieron en las huelgas que llevaron adelante. En un país poco integrado como el Perú, el contar con una estructura nacional tiene gran trascendencia y le da mucha fuerza a un gremio con esas características.¹⁸ El PCP nunca volvió a tener influencia en el magisterio.¹⁹

En noviembre de 1971, 10,000 mineros de la Cerro de Pasco Corporation iniciaron una huelga por reivindicaciones salariales. El gobierno exigía al PCP que impidiera las paralizaciones en el sector minero, importante estratégicamente porque generaba la mitad de las divisas que ingresaban al país por exportaciones. La cúpula del PCP, a su vez, presionaba a los dirigentes inter-

medios y activistas laborales para contener las demandas de las bases. En este caso, también, el PCP ordenó a sus cuadros sindicales que boicotearan la paralización y acusó a los huelguistas de ser "agentes del imperialismo". Los militares reprimieron la huelga con dureza, produciendo una masacre en el campamento de Cobriza, donde murió el secretario general del sindicato y varios obreros más. Las consecuencias fueron similares. Los dirigentes del PCP fueron desplazados. Vanguardia Revolucionaria y Patria Roja, grupos radicales que desde poco antes habían empezado un trabajo político allí, tomaron la dirección de esos sindicatos. Dos años más tarde, la Federación Nacional de Mineros y Metalúrgicos del Perú, que había sido fundada en 1969 por activistas del PCP, se desafilió de la CGTP manteniéndose como federación independiente. El principal dirigente de la federación y el asesor legal, que a su vez eran dirigentes del PCP, fueron expulsados de ese partido, junto con muchos militantes de base.²⁰ En este caso primó su arraigo sindical sobre la línea partidaria.

El resultado de este comportamiento del gobierno, apoyado por el PCP, fue que tanto los maestros como los obreros mineros se convirtieron en adversarios del gobierno militar. En ambos casos el PCP fue desplazado por grupos de izquierda radical, situación que se mantiene hasta hoy, más de tres lustros después, a pesar de todos los cambios ocurridos en el país y en el movimiento sindical.

En suma, el gobierno intentó manejar las relaciones laborales a la manera castrense, fue incapaz de ganar al movimiento políticamente y organizarlo en su apoyo y más bien se granjeó su hostilidad, a pesar de que ha sido uno de los regímenes que más medidas favorables a los trabajadores dictó en toda la historia del país.

4. Las principales tendencias

Varias líneas divisorias podrían trazarse entonces en el movimiento sindical peruano de los años setenta. Una primera, separaba a la CGTP y las organizaciones que se encontraban a su izquierda, y que en mayor o menor medida practicaban un sin-

dicalismo "de clase", de la CTP, afiliada al "sindicalismo libre", y que desarrollaba una estrategia de no enfrentamiento con los patronos. La primera corriente se convirtió rápidamente en la mayoritaria en los años setenta.

Una segunda línea, podría trazarse dividiendo a todos los mencionados en el párrafo anterior de los sindicatos creados por el gobierno, controlados directamente por él y que constituyeron su intento más definido para cooptar a los trabajadores; CTRP (central sindical), SERP (sindicato magisterial), MLR (grupos de choque). Estos se oponían a cualquier tipo de lucha reivindicativa que conllevara paralizaciones u otras medidas de fuerza, y su función se reducía casi exclusivamente a emitir comunicados de apoyo o participar en mítines de respaldo al gobierno, y brindar alguna asesoría legal a sus afiliados.²¹

Y por último, dentro de los sindicatos orientados por las izquierdas, se daba la división entre los que se identificaban con posiciones reivindicativas radicales y políticamente se oponían al gobierno del General Velasco, influidos por los partidos de extrema izquierda, calificados de "ultraizquierdistas". Y los del PCP, llamados despectivamente "revisionistas", que respaldaban al régimen militar y trataban de mantener los conflictos sindicales dentro de ciertos límites, sobre todo cuando adquirirían relevancia política o afectaban sectores claves de la producción. Finalmente, el movimiento sería disputado por estas dos tendencias.

Una idea del panorama sindical a mediados de la década del setenta lo dan las siguientes cifras. En el sector industrial, la afiliación sindical se distribuía así en 1974: no afiliados a ninguna central (una parte de los cuales era liderado por grupos radicales) 29 o/o; CGTP 26 o/o; CTP 21 o/o; CTRP 19 o/o; CNT 5 o/o. Es decir, ya en 1974 las izquierdas controlaban la mayoría de organizaciones sindicales. El porcentaje de horas-hombre perdidas por huelgas en el mismo año es como sigue: CGTP 73.8 o/o; no afiliados 19.5 o/o; CTRP 5.8 o/o; CTP 0.8 o/o; CNT 0.1 o/o (Sulmont 1977: 321)."

II. La transición

El General Velasco fue derrocado el 29 de agosto de 1975, por una coalición de militares encabezada por el General Francisco Morales Bermúdez, un "institucionalista" que captó el descontento de todas las tendencias castrenses con el rumbo que había tomado el gobierno, desde los más conservadores, afincados principalmente en la Marina, hasta los más izquierdistas, con importantes puestos de mando en el Ejército. Los que desplazaron a Velasco no estaban unidos por objetivos comunes, aparte del propósito de sustituir al presidente. A partir de aquí se inicia un proceso abierto, en el que se van realineando las fuerzas en las instituciones militares y en la sociedad, que culminaría cinco años más tarde con el retorno a la democracia representativa. Este resultado no fue un objetivo de los generales que derrocaron a Velasco²³ ni fue producto de un acuerdo previo de élites —que vendría después—, sino el resultante de un conjunto de circunstancias y presiones encontradas que condujeron a ella como la mejor manera de apaciguar los conflictos y permitir una retirada ordenada de los militares.

1. Crisis y represión

Desde 1973 se habían presentado los primeros síntomas de la crisis económica que vendría después. Pero es a partir de 1975 en que se hacen evidentes sus síntomas. El crecimiento de los años anteriores se financió en buena medida con endeudamiento externo. El alza de los precios del petróleo (el Perú era importador en esos años) agravó los problemas de la balanza de pagos. Los grandes proyectos de la "primera fase" —inversiones en minería de cobre y petróleo— habían demandado ingentes inversiones de lenta maduración. La escasez de divisas, uno de los tradicionales "cuellos de botella" de la economía peruana, impuso la necesidad de efectuar cambios en la política económica. Los efectos de la crisis se dejaron sentir de inmediato sobre las clases populares y los reflejos del movimiento sindical fueron también instan-

táneos. Entre 1973-75 aumentaron sustancialmente el número de huelgas y horas-hombre perdidas en relación a los años anteriores (Sulmont 1977:318).

El gobierno de Morales Bermúdez optó por "enfriar" la economía, reduciendo la demanda y poniendo en práctica un conjunto de medidas recesivas. En un principio, se intentó atenuar el impacto de las mismas, y en oportunidades se dio marcha atrás, pero la tendencia era clara. Aunque las medidas de ajuste —incluyendo una ley que estableció por primera vez topes a los aumentos a alcanzar por los sindicatos en las negociaciones colectivas— habían empezado a dictarse en junio de 1975, durante el gobierno de Velasco, con Morales Bermúdez se hicieron más duras. En enero de 1976, además de las típicas medidas que incluían el recorte de los subsidios a los productos de primera necesidad, elevación del precio de los combustibles y disminución del gasto público, se suspendieron las demandas no salariales de los pliegos de reclamos, limitándose éstos a un único punto: aumento de salarios que, a su vez, estaban constreñidos por los drásticos topes establecidos oficialmente.

Las huelgas y manifestaciones callejeras se multiplicaron, produciéndose brotes de violencia. El gobierno de Morales Bermúdez adoptó entonces un comportamiento represivo para imponer su nueva política económica: a mediados de 1976 declaró el estado de emergencia en todo el país, implantó el toque de queda en la capital, clausuró las revistas independientes (los diarios y estaciones de televisión estaban en manos del gobierno) y prohibió las paralizaciones laborales.

2. Negociaciones con los empresarios

Paralelamente, Morales Bermúdez había iniciado algunos acercamientos con los sectores empresariales, que si bien habían aumentado sus utilidades durante el gobierno de Velasco, estaban enfrentados a éste por razones políticas. También empezó tratativas con el Fondo Monetario Internacional y con el Banco Mundial, con los partidos políticos de centro, derecha y el

PCP, al tiempo que se desembarazaba de los sectores izquierdistas de los militares y civiles del gobierno. De esta manera, la cúpula castrense pretendía salir del aislamiento en que se encontraba dentro y fuera del país (ver, por ejemplo, Pease 1979).

A pesar de estos cambios y de la presión contra el movimiento sindical, las negociaciones con los empresarios eran difíciles, porque durante el velasquismo las relaciones habían sido tensas y a veces ásperamente conflictivas (Cotler 1988). Buscando un acercamiento mayor e intentando eliminar las mutuas desconfianzas, Morales Bermúdez llamó a un prominente industrial, Walter Piazza, para ocupar el Ministerio de Economía. En junio de 1977, Piazza trató de poner en práctica un ajuste más radical que sus predecesores y desató una inesperada reacción popular.

3. El paro nacional y la "transferencia del poder"

Durante un año (julio 1976 a junio 1977) las medidas coercitivas habían logrado contener las demandas reivindicativas. Pero la presión había ido acumulándose en una caldera con todas sus válvulas obstruidas. El "paquete" de junio la hizo estallar. Desafiando las medidas de emergencia, huelgas y disturbios callejeros se produjeron espontáneamente en varias ciudades del sur del país. La dirigencia laboral y los partidos de izquierda se vieron sorprendidos por la violencia de las manifestaciones antigubernamentales, pero trataron de asumir rápidamente su conducción.

Los partidos de izquierda radical y las cúpulas de los gremios que ellos controlaban, querían realizar un paro nacional contra el gobierno, dado que las huelgas sectoriales habían demostrado no tener mucho efecto. Incluso a mediados de 1976 lo habían intentado, sin éxito. Esta vez fueron los trabajadores organizados y las heterogéneas masas populares las que espontáneamente lo forzaron. El PCP, que todavía mantenía una suerte de apoyo crítico al régimen militar y trataba de defender las reformas del gobierno de Velasco, se decidió a participar en las huelgas. En esta oportunidad, todas las tendencias de las izquierdas

y sectores independientes estuvieron de acuerdo en decretar las paralizaciones que ya habían empezado de manera espontánea.

Como resultado de estas protestas, el Ministro de Economía renunció. Las nacientes buenas relaciones entre los empresarios y el gobierno se volvieron a enturbiar. Los primeros acusaban al segundo de falta de firmeza para aplicar un programa de saneamiento de la economía.

Las discrepancias en el liderazgo de los sindicatos, provenían de la moderación que el PCP quería imponerle a las manifestaciones, y el carácter antidictatorial y antimilitarista que pretendían imbuirle los grupos radicales. Y de otro lado, reflejaban la disputa por la hegemonía y el control del movimiento entre todos los grupos. Estando clausurada toda actividad política legal para los partidos de izquierda, su importancia se medía por el dominio que pudieran ejercer sobre las organizaciones gremiales. Por eso también su ardorosa disputa por controlar los sindicatos y por aparecer como más radicales que los demás.

La envergadura y la fuerza del movimiento llevó a los partidos políticos de izquierda y a las organizaciones en las que influían a coordinar para efectuar una medida de lucha. En sucesivas reuniones en las que participa la CGTP y una veintena de otras organizaciones laborales, se decide efectuar el paro nacional el 19 de julio. La plataforma de lucha de nueve puntos se circunscribía casi exclusivamente a reivindicaciones laborales, con excepción de un punto donde se demandaba la vigencia de los derechos de huelga, organización, etc. No había ni una palabra acerca del retorno a la democracia política. Esto ha llevado a algunos autores a la conclusión de que las elecciones eran una exigencia de la derecha, mientras que "los trabajadores *no habían buscado esas metas*, sino el cambio de la política económica y de la política salarial y sindical del gobierno" (Rochabrún 1988:82).

La hipótesis sustentada en este artículo es distinta. En realidad, la masiva participación sindical y popular en esta huelga mostraría que las clases populares querían terminar con la dictadura militar, como única manera de poder satisfacer sus

aspiraciones de mejoras económicas y participación política. Es decir, en el movimiento sindical y las clases populares había el convencimiento de que bajo el régimen militar ya no era posible modificar la política económica, salarial y laboral y, por tanto, querían acabar con la dictadura. Y la manera más viable era retornando a la democracia representativa. En otras palabras, no existía una adhesión valorativa a la democracia sino más bien utilitaria. Pero de hecho, era una aspiración que motivaba a las clases populares y que determinó su masiva participación en el paro nacional.²⁴

El paro del 19 de julio, el primero con esas características en la historia del Perú, fue contundente, a pesar de las amenazas y la efectiva represión desatada por el gobierno. El número de huelguistas consignados por las cifras oficiales, 272,000 trabajadores (Yepez y Bernedo s/f:35) no reflejan su real envergadura, tanto porque las estadísticas de huelgas en el Perú omiten a los empleados públicos, como porque este pafo inició una modalidad de lucha que luego se haría rutinaria. En efecto, si bien fueron las organizaciones sindicales las que fijaron la fecha del paro y elaboraron una plataforma, articulando y estructurando el movimiento, éste iba mucho más lejos de lo que representa una paralización laboral. Se convirtió en una verdadera manifestación de protesta popular contra el régimen militar.

El éxito del paro se explicaría porque fue expresión de un espontáneo frente de clases sociales y fuerzas políticas unidas en el rechazo al gobierno militar, aunque no hubo un acuerdo entre las élites (salvo entre las izquierdas). Contra el gobierno estaban los trabajadores, los empresarios, las clases medias, los partidos políticos. Nadie lo respaldaba. El paro tuvo como objetivos declarados la restitución de ciertas conquistas laborales y algunas libertades sindicales, pero en realidad su significado profundo habría sido más bien el repudio a los militares en el gobierno.

Así lo entendieron éstos y el 28 de julio, en su mensaje anual al país, el General Morales Bermúdez anunció la convocatoria a una asamblea constituyente que se instalaría el segundo semestre de 1978. Luego

de promulgada la nueva Constitución, se realizarían indefectiblemente las elecciones generales en 1980, precisó. Esta decisión estuvo obviamente influida por la masiva protesta de junio y julio, que había adquirido un definido tinte antimilitarista, y su objetivo era aliviar las tensiones sociales que amenazaban hacerse incontrolables.

4. Sindicatos y partidos

Como hemos dicho más arriba, las dirigencias sindicales estaban lideradas mayoritariamente por los partidos de izquierda. Decisiones de esta envergadura necesariamente se tomaban en ellos. Esto no quiere decir que los partidos pudieran manipular a las bases a su antojo. Un ejemplo de ello es el frustrado paro que intentaron algunos grupos de izquierda a mediados de 1976. Los partidos controlaban las dirigencias, pero tenían que auscultar el pulso de las bases. Su orientación era efectiva dentro de ciertos márgenes. El paro del 19 de julio y la coyuntura de ese momento permiten radiografiar las complejas relaciones entre sindicatos y partidos de izquierda, el liderazgo que éstos mantenían sobre las organizaciones sindicales, pero también los límites de su control.

En el caso de las coordinaciones para el paro nacional, participaron dirigentes sindicales que a su vez eran militantes del PCP y de varios grupos de la izquierda radical.²⁵ El único grupo importante que mantuvo una actitud ambigua fue el maoísta Patria Roja. Esto determinó que el SUTEP y la Federación de Trabajadores de Centromin no se plegaran a la paralización.²⁶ El primero realizó un paro nacional el 5 de julio y la segunda inició una huelga el 25 de ese mes. Es claro en este caso que esas organizaciones sindicales controladas por Patria Roja no se sumaban a las coordinaciones y al paro nacional porque así lo había decidido el partido. Y la decisión del partido se explica tanto por razones políticas e ideológicas como por la pugna por el liderazgo del movimiento.²⁷

El paro también provocó hondas discrepancias en el PCP y condujo a su ruptura pocos meses después. La mayoría de la cúpula dirigente de ese partido opinaba

que con la salida del Ministro de Economía se había logrado un triunfo fundamental y que realizar el paro del 19 implicaba correr riesgos innecesarios. Ellos ponían mucho énfasis en analizar las diferentes tendencias existentes en las fuerzas armadas, y temían, por un lado, que un incremento de las protestas llevara a un fortalecimiento de los militares más duros y, consecuentemente, a una mayor represión; y, por otro lado, a un acercamiento más estrecho del gobierno con los empresarios privados. Pero, al parecer por primera vez, no pudieron imponer su decisión en la CGTP, a pesar que los dirigentes de ésta pertenecían también al PCP. En una reunión efectuada el 12 de julio, el responsable sindical del PCP y miembro de la Comisión Política trató de convencer, infructuosamente a los dirigentes comunistas de la CGTP que postergaran el paro hasta el 3 de agosto, con el argumento de que había que esperar el mensaje presidencial del 28 de julio, lo que implicaba en realidad no hacerlo: en esas circunstancias el movimiento se hubiera dispersado en huelgas aisladas y quebrado la precaria coordinación entre diferentes tendencias.

Pero ante la decisión de la mayoría de sus cuadros sindicales en la CGTP —incluyendo a José Chávez, secretario general adjunto e Isidoro Gamarra, presidente, y con la abstención de Eduardo Castillo, secretario general— de seguir adelante con el paro acordado, a la Comisión Política del PCP no le quedó otro recurso que aprobar su realización. Después del paro y a pesar de su éxito, la Comisión Política mantuvo su evaluación en el sentido que hubiera sido mejor no realizarlo.²⁸ Naturalmente, hacia afuera ellos se jactaron de haber encabezado la paralización nacional.²⁹ Y luego, conforme transcurrió el tiempo —y se pudo apreciar la enorme significación que esa medida de lucha tuvo para el país—, el PCP lo asumió como uno de sus grandes triunfos.

En suma, el control que ejercían los partidos de izquierda sobre los sindicatos era muy fuerte, generalmente decisivo para tomar determinados rumbos. Pero en ciertas circunstancias, los partidos, incluso el disciplinado y "monolítico" PCP, se veían obligados a adaptarse a la "espontaneidad de las bases". En cierta medida eso

también ocurrió con el retorno a la democracia, cuando los partidos que rechazaban el "circo electoral", se incorporaron a ella.

Después del paro, el gobierno tomó represalias inmediatas contra las organizaciones laborales, expidiendo un dispositivo que facultaba a las empresas a despedir a los "agitadores" y organizadores del paro. Los empresarios habían esperado largamente una oportunidad como ésta y no la desaprovecharon. Unos 3,000 dirigentes sindicales fueron despedidos. Una significativa parte de la élite obrera y sindical formada desde fines de los años sesenta, en gran parte jóvenes, fueron arrojados de sus empleos e incorporados a una "lista negra" que circuló entre todas las empresas para impedirles que volvieran a trabajar como asalariados. Este golpe, si bien no desarticuló al movimiento sindical ni impidió nuevas paralizaciones, tuvo mucha importancia en su desenvolvimiento futuro.

El temporal acercamiento entre los gremios controlados por las organizaciones de izquierda, pronto terminó. El gobierno azuzó la división, llamando a dialogar a la CGTP y otras organizaciones dirigidas por el PCP, excluyendo a los "ultras". Finalmente, algunas de las restantes organizaciones laborales, lideradas por los grupos radicales, intentaron una huelga nacional en el mes de setiembre, la que fracasó totalmente.

Los enfrentamientos entre las dirigencias laborales, que se remontaban a los primeros años del gobierno militar, les impidieron desarrollar una estrategia unitaria. Pero es evidente que en ciertos momentos, el ritmo de las bases tenía que ser tomado en cuenta por los líderes y, en algunos aspectos fundamentales, fueron decisivos para determinar el curso de los acontecimientos. El paro del 19 de julio de hizo contra la voluntad de la cúpula del PCP y a pesar del encono existente entre las dirigencias de los partidos de izquierda, que fueron forzados —por así decirlo— a ponerse de acuerdo. En este caso esto fue posible porque había un sector, los radicales y parte de la dirigencia sindical del PCP, que estaba a favor de una acción de fuerza. Esta es una característica relevante del movimiento sindical peruano: existen varios grupos con relativa fuerza que compiten en-

tre sí y controlan determinados sindicatos. Su margen de maniobra, entonces, está limitado por esta razón. Es decir, el partido que dirige una organización sindical no puede tomar impunemente decisiones que estén en contra del sentir de las bases, porque siempre habrá uno o varios grupos disputándole el liderazgo y amenazando desplazarlo.

Y, lo más importante, fueron "las bases" las que condicionaron la participación de las izquierdas en el proceso de transición a la democracia que se abrió a mediados de 1977. En efecto, los radicales rechazaban la democracia representativa,³⁰ y jamás habían tenido una experiencia de participación política. Esos partidos habían nacido en la década del sesenta repudiando la "democracia burguesa" y propugnando la lucha armada para llegar al poder. Pero llegados a este punto, habiendo alcanzado una importante influencia en la dirección de organizaciones laborales y sin posibilidades reales de emprender acciones armadas, su estrategia se hizo confusa, limitándose a declaraciones principistas contra el orden social y político y a impulsar luchas reivindicativas contra el gobierno militar.

Por su parte, el PCP había sido excluido a lo largo de toda su historia de la posibilidad de integrarse con plenos derechos al sistema político. A lo que se añade que las reformas que ellos anhelaban habían sido aplicadas por un gobierno militar. Ellos desconfiaban también de la democracia y temían que una vez reinstalada, los partidos de centro y derecha se hicieran nuevamente del poder anulando las reformas. Su estrategia consistía en apoyar al ala más izquierdista de los militares, aunque ello se hacía cada vez más difícil dado que los mandos de esa tendencia habían sido puestos de lado.

Ningún partido de izquierda tenía entusiasmo por la democracia, ni fue nunca, hasta ese momento, un objetivo suyo el retornar a ella. Si se incorporaron fue, al principio, porque sus bases sí veían en el retorno a la democracia un camino viable y rápido para acabar con el gobierno militar, que había concitado el repudio de casi todos los estratos sociales. Imposibilitados

de hacer la revolución, optaron por incorporarse, a regañadientes y "tácticamente", en

las nacientes instituciones democráticas, contribuyendo a legitimarlas.

NOTAS

- (1) Una versión de este artículo fue presentado a la conferencia "Movimientos Laborales en la Transición a la Democracia", organizada por el Kellogg Institute, University of Notre Dame, EE.UU., entre el 26 y 28 de abril de 1988, beneficiándose del debate efectuado en esa oportunidad. Julio Cotler, Romeo Grompone, Cecilia Blondet y Aldo Panfichi del IEP leyeron y comentaron el texto ayudando a mejorarlo. Naturalmente, los errores que pueda contener son de exclusiva responsabilidad del autor.
- (2) Sin embargo, en 1988, trece años después de su derrocamiento y dos décadas luego del golpe que lo llevó al poder, el recuerdo que tenían los individuos de clases populares de Velasco era altamente favorable, a diferencia de lo que opinaban los de clase media y alta. (Encuesta publicada en *Debate* No. 52, setiembre de 1988).
- (3) "Clasista" es la denominación que se dio a sí mismo el nuevo sindicalismo que surge con relativa fuerza en los años sesenta y se afirma en los setenta, diferenciándose el "colaboracionista" practicado con la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), de orientación aprista, que dirigió el movimiento sindical hasta los años sesenta. El clasismo se sustenta en la idea de que los trabajadores tienen intereses antagónicos e irreconciliables con los patronos, a los cuales hay que arrancarles cada reivindicación con una lucha intransigente y sin concesiones. (Respecto a las condiciones en que surge y se desarrolla el clasismo, ver Parodi 1986.)
- (4) Sobre el concepto de clases populares, ver Galin, Carrión y Castillo 1986.
- (5) Lowenthal y McClintock opinan que el experimento peruano no terminó en 1980 sino en 1975 con el derrocamiento de Velasco (1985:13).
- (6) El velasquismo fracasó en el cumplimiento de las metas proclamadas por los mismos militares, pero "si uno define el experimento peruano como el núcleo de un programa de afirmación nacional, modernización económica, reforma antioligárquica y la sistemática construcción del Estado, apoyada institucionalmente por las Fuerzas Armadas en 1968, el temario de la revolución fue ejecutado en un grado impresionante (Lowenthal, 1985:438).
- (7) Elites definidas como grupos e individuos que ejercen actual o potencialmente el liderazgo de determinados sectores sociales, incluyendo a las "contra-élites", grupos que en la estructura actual no gozan de posiciones privilegiadas, pero que por su liderazgo en determinados grupos pueden llegar a ellas (Germani 1969:71).
- (8) Aunque ya en 1973 se habían empezado a vislumbrar los primeros síntomas de la crisis, que fue paliada con endeudamiento externo.
- (9) El promedio de la inflación anual durante el régimen de Velasco fue de 11.5 o/o (1969-1975), a pesar de que en 1974 y 1975 se empezó a desbocar. Bajo Morales Bermúdez se elevó a 55.6 o/o (1976-1980) y en el segundo gobierno de Belaúnde alcanzó los tres dígitos, pasando al 108 o/o de promedio anual (1981-1985) (INE 1988:9). En el Perú, desde los años setenta, los períodos de menor inflación son los de mayor crecimiento y viceversa (Dancourt 1985).
- (10) El PBI real manufacturero aumentó entre 1970 y 1974 a una tasa cerca al 9 o/o (Alvarado 1986). Los salarios reales en la manufactura crecieron casi un 40 o/o en el mismo período (Alarco y del Hierro 1986) y el empleo industrial se incrementó también en 40 o/o aproximadamente, entre 1970 y 1976 (Vega-Centeno 1986).
- (11) En muchos casos posibilitó, la conformación de sindicatos y en otros hizo posible que éstos se convirtieran en organismos que realmente defendían los intereses de sus afiliados, desprendiéndose del tutelaje y los mecanismos clientelistas con que los manejaban los patronos. Un excelente estudio de caso de Jorge Parodi (1986), muestra el efecto que tuvo esa ley en un sindicato metalúrgico. Esa situación probablemente se repitió en muchos otros gremios.
- (12) Las Comunidades Laborales fueron rechazadas por los empresarios que se vieron afectadas por la disminución de sus utilidades, pero sobre todo por la presencia de trabajadores en sus directorios y la amenaza de perder el control total de sus empresas para tener que compartirlo con los trabajadores.

Estos, por su parte, imbuidos de una ideología clasista, rechazaron también las CC.LL., pero aprendieron a utilizarlas para sus propios fines. Así, por ejemplo, algunas CC.LL. apoyaron a los sindicatos de sus empresas, proporcionándoles información a la que éstos no tenían usualmente acceso. En algunas empresas, la constitución de la C.L. fue el paso previo para la formación del sindicato. En 1977, dispositivos dictados por el gobierno del General Morales Bermúdez restaron atribuciones a las CC.LL. y luego, la nueva legislación dada durante el gobierno del Arquitecto Belaúnde (1980-1985) prácticamente las hizo desaparecer. Ver, por ejemplo, Alberti et al. 1977.

- (13) Un análisis de las tendencias del gobierno militar respecto a su relación con las clases populares en Cotler 1985. También Pease 1977.
- (14) La afirmación anterior debe entenderse como un esquema: en la organización de esos gremios intervinieron también otros partidos, aunque de manera secundaria; y se trató de un proceso de dos vías, de un lado, los trabajadores que necesitaban organizarse de manera independiente del liderazgo tradicional ejercido por el Apra y, de otro lado, la proliferación de grupos imbuidos de ideologías radicales que querían vincularse a "las masas".
- (15) En el XXI Pleno de su Comité Central, efectuado en 1965 (Sulmont 1977:209).
- (16) Además del establecimiento de relaciones diplomáticas, los militares peruanos, distanciados de los EE.UU., adquirieron importantes cantidades de armamentos de la URSS y firmaron otros convenios con ese país.
- (17) Ver, por ejemplo, Rospigliosi 1988:48 y ss.
- (18) En las universidades, las facultades de Educación, que forman a los maestros, están generalmente dominadas por los grupos más extremistas. Una vez que empiezan a trabajar, casi siempre para el Estado, las paupérrimas condiciones en que se desenvuelven mantienen o acrecientan su radicalidad. Las expectativas creadas están demasiado distantes de la realidad (ver, por ejemplo, Portocarrero y Oliart 1986). Del magisterio proviene un segmento apreciable de la dirección intermedia de la Izquierda Unida (IU).

En una entrevista periodística, el secretario general del PCP, Jorge del Prado, reconoció que ellos "exageraron" el apoyo al gobierno de Velasco. "El apoyo fue correcto en lo fundamental dijo Del Prado-, pero nos Ue*ó en algunos momentos a olvidar los intereses de clase. Por ejemplo, el no haber apoyado b huelga magisterial contra el primer ga-

binete de Velasco. Ese es un error gravísimo: nos restó por largos años el apoyo del magisterio. Otro es el no haber asumido entonces a plenitud la lucha de los mineros por no crearle problemas al gobierno de Velasco. Estos errores de clase no solamente han sido públicamente autocríticos, sino condenados, sancionados y corregidos." (*La República* 13.3.88).

- (20) Víctor Cuadros y Ricardo Díaz Chávez fueron electos diputados a la Asamblea Constituyente en 1978, en las listas de la UDP, una coalición de varios partidos de izquierda radical.
- (21) Sin embargo, muchos sindicatos de la CTRP fueron ganados luego por activistas de izquierda. En algunos casos ocurría que los trabajadores que no tenían sindicato decidían formarlo afiliándose a la CTRP porque ésta garantizaba el rápido reconocimiento legal del gremio y protección frente a las eventuales represalias patronales. Pero una vez logrado esto, el sindicato salía de la órbita de la central gobiernista y engrosaba las filas del sindicalismo "de ciase". En otros casos, fue el desengaño de los dirigentes por la "derechización" del gobierno militar en su "segunda fase", lo que los llevó a posiciones autónomas del gobierno.
- (22) Hay que tener en cuenta que prácticamente todos los sindicatos afiliados a la CGTP practicaban un sindicalismo clasista. Pero no todos los pertenecientes a la CTP y la CTRP se guiaban por los lineamientos de su dirección. Es decir, en estas dos últimas, habían sindicatos clasistas que más tarde se desafiliaron de ellas. Los radicales estaban en la CGTP o en los no afiliados, y en menor medida en las otras dos centrales. Las cifras anteriores tampoco consideran, por ejemplo, al sindicato magisterial (SUTEP).
- (23) Entre agosto de 1975 y julio de 1977, el General Morales Bermúdez formuló diversos, y a veces contradictorios, objetivos para las Fuerzas Armadas, desde la "profundización de la revolución", planteado apenas llegó a la presidencia, hasta el compromiso de retornar a la democracia.
- (24) Como dice Lipset, las "luchas por la obtención de la libertad política por parte de los trabajadores, (...) tuvieron lugar en el contexto de una lucha por la obtención de derechos económicos. La libertad de asociación y de expresión, junto con el sufragio universal, fueron armas necesarias en la batalla por un mejor nivel de vida, por la seguridad social, por un horario de trabajo más corto, etc." (1987:109).

- (25) Se constituyó para tal efecto el CUL, Comando Unitario de Lucha.
- (26) Un partido de izquierda que no participó y que condenó el paro del 19 de julio como un "paro socialimperialista" fue un pequeño grupo provinciano que no tenía mucho peso en la izquierda, Sendero Luminoso.
- (27) En ese momento Patria Roja se había convertido prácticamente en el único animador del CCUSC (Comité de Coordinación y Unificación Sindical Clasista), organismo fundado en 1974 y que pretendía convertirse en una alternativa de centralización sindical a la CGTP.
- (28) La información precedente está tomada de: "Balance político del paro del 19 de julio y sus derivaciones", fechado el 20 de agosto de 1977, firmado por la Comisión Política del Comité Central del PCP y publicado en el *Boletín Semanal* No. 13, del 25.8.77, editado por la Comisión Nacional de Propaganda del PCP (boletín interno, mimeografiado). La versión del sector de dirigentes sindicales del PCP que estaba por llevar adelante el paro, fue publicada con el título de *Informe*, está fechada el 20 de agosto y suscrita por Isidoro Gamarra (presidente de la CGTP) y José Chávez (secretario general adjunto), ambos con seudónimos. Es también un boletín interno, mimeografiado. Chávez fue uno de los que encabezó al sector disidente que en diciembre de 1977 se escindió del PCP, constituyendo el PCP "Mayoría". Gámarra, como muchos otros dirigentes sindicales descontentos con la dirección, acató finalmente las decisiones de la cúpula.
- Una confirmación de la veracidad de esta información se puede apreciar en la posición pública sostenida por el PCP. Por ejemplo, el semanario *Unidad* No. 612 del 14.7.77, cinco días antes del paro, no hace campaña a favor de la paralización, ni siquiera la men-
- ciona, lo cual muestra el nulo interés de la mayoría de la cúpula en llevarla adelante. Su evaluación es que la salida de Piazza es una victoria y que hay que presionar y a la vez intentar un acercamiento al gobierno (ver al respecto de la carátula, el editorial y el comunicado de la Comisión Política). El influyente dirigente Gustavo Espinoza se pronuncia en ese mismo número indirectamente contra el paro, afirmando que "cualquier precipitación, en este momento, favorece al enemigo. Cualquier "izquierdismo" le beneficia, porque le da pretexto para combatir y para golpear a la clase obrera en el momento en que el mismo está sufriendo una dura derrota." Termina llamando a la "responsabilidad y la madurez" ("La Clase Obrera en la derrota de Piazza").
- (29) Ver, por ejemplo, *Unidad* No. 613, del 22.7.77 con un enorme titular en carátula: "Paro nacional del 19, ROTUNDA RESPUESTA POPULAR. Pueblo derrotó provocaciones". Gustavo Espinoza hace alusión a las pugnas internas: "*Se puede discrepar de la forma de lucha escogida* no por la CGTP sino por el conjunto del movimiento obrero..." ("Las cartas sobre la mesa", subrayado mío).
- (30) En un pronunciamiento conjunto, cinco organizaciones políticas de la "nueva izquierda", que después se agruparon en la UDP, denunciaban de antemano la posibilidad de retorno a la democracia -a la que calificaban de "carnaval electoral"- como un intento de "perpetuar el dominio imperialista, gran burgués y terrateniente" (en Pease y Filomeno 1979:2671). Ellos participaron al año siguiente en las elecciones para la Asamblea Constituyente. Patria Roja, grupo maoísta que era más intransigente, no acudió a la Asamblea, integrándose luego, en las elecciones generales de 1980.

BIBLIOGRAFIA

- ALARCO, Germán y Patricia DEL HIERRO (1986). "La problemática del empleo, las remuneraciones y la distribución del ingreso en una perspectiva macroeconómica". En: ALARCO et al., *Empleo, salarios y distribución del ingreso: márgenes de política*. Fundación Friedrich Ebert.
- ALBERTI, Giorgio, Jorge SANTISTEVAN y Luis PASARA (1977). *Estado y clase: la comunidad industrial en el Perú*. IEP.
- ALVARADO, Javier (1986). "Problemática y política del empleo: el caso de Lima Metropolitana". En: ALARCO et al. *Empleo, salarios y distribución del ingreso: márgenes de política*. Fundación Friedrich Ebert.
- ANALISIS LABORAL (1979). "Índice de las remuneraciones reales del gobierno central", No. 27, setiembre, p. 12.
- COTLER, Julio (1985). "Democracia e integración nacional en el Perú". En: LOWENTHAL y McCLINTOCK (Compiladores), *El gobierno militar, una experiencia peruana 1968-1980*. IEP.
- (1988). "Los partidos políticos y la democracia en el Perú". PASARA, L. y J. PARODI (Editores), *Democracia, Sociedad y Gobierno en el Perú*. CEDYS. Lima.
- DANCOURT, Oscar (1985). "Déficit fiscal e inflación: el revés de la trama". En: DANCOURT et al., *Inflación y redistribución en el Perú*. Fundación Friedrich Ebert.
- GALIN, Pedro (1985). "En torno a la clase obrera peruana". En: *Apuntes* No. 15.
- GALIN, Pedro, Julio CARRION y Oscar CASTILLO (1986). *Asalariados y clases populares en Lima Metropolitana*. IEP.
- GERMANI, Gino (1969). *Sociología de la modernización*. Paidós, Buenos Aires.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA (1988). *Informe estadístico. Cuarto trimestre 1987*.
- LIPSET, Seymour Martin (1987). *El hombre político. Las bases sociales de la política*. Tecnos. Madrid.
- LOWENTHAL, Abraham y Cynthia McCLINTOCK (Compiladores) (1985). *El gobierno militar, una experiencia peruana 1968-1980*. IEP.
- PARODI, Jorge (1986). *Ser obrero es algo relativo. Obreros, clasismo y política*. IEP.
- PEASE, Henry (1977). *El ocaso del poder oligárquico. Lucha política en la escena oficial 1968-1975*. DESCO.
- (1979). *Los caminos del pdoer. Tres años de crisis en la escena política*. DESCO.
- PEASE, Henry y Alfredo FILOMENO (1979). *Perú 1977. Cronología política*. Tomo VI. DESCO.
- PORTOCARRERO, Gonzalo y Patricia OLIART (1986). "La 'idea crítica': una visión del Perú desde abajo". En: *Los Caminos del Laberinto*, No. 3.
- ROCHABRUN, Guillermo (1988). "Izquierda, democracia y crisis en el Perú". En: *Márgenes* No. 3, junio de 1988.
- ROSPIGLIOSI, Fernando (1988). *Juventud obrera y partidos de izquierda: de la dictadura a la democracia*. IEP.
- SULMONT, Denis (1977). *Historia del movimiento obrero peruano (1890-1977)*. Tarea.
- (1980). *El movimiento obrero peruano (1890-1980)*. Tarea.
- VEGA-CENTENO, Máximo (1986). "Cambio técnico y empleo en la industria manufacturera peruana". En: *Economía*, Volumen IX, Nos. 17-18. PUC.
- VELASCO, Juan (1972). *Velasco. La voz de la revolución. Discursos del Presidente de la República, Gral. de División Juan Velasco Alvarado, 1968-1970*. 2 tomos.
- WAISMAN, Carlos (1980). *Modernización y legitimación. La incorporación de la clase obrera al sistema político*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.
- YEPEZ, Isabel y Jorge BERNEDO (s/f). *La sindicalización en el Perú*. Fundación Friedrich Ebert - PUC.